

# LA VUELTA DE LOS HERMANOS (1)

TRADICIÓN DE LA PALMA (CANARIAS).



os que visiten la isla de la Palma, situada en el archipiélago canario, forzosamente han de ir á la Caldera; si no fueran, si arredrados por las molestias del viaje hasta los rigores del camino, que de ambas cosas hay, salieran de la isla sin recorrer el hermoso reino que el gran rey guanche Tanausú ilustró con sus hechos, eternizando en ellos su memoria, no es mucho decir, usando de una frase popular, que no tendrá perdón de Dios; pues no es posible que el Sumo Hacedor deje sin castigo al que se muestre indiferente á las manifestaciones eternas de su grandeza infinita. En Canarias no hay cosa que se iguale á la Caldera; en el mundo no habrá tal vez quien la supere. Y estas no son exageraciones de viajero ni fantasías de soñador; esto es lo que todo el que allí va dice; lo que los sabios han escrito sobre aquel vastísimo recinto, cráter que flameando, humeante, desbordándose en torrentes de inflamada lava que se precipitaba al mar en ancha catarata, surgió del fondo del Océano, cual si éste fuera incapaz de sostenerlo en sus entrañas en fusión. El sabio Humboldt llegó atraído por la inmensa fama del coloso, y allí se quedó tres días asombrado y absorto, leyendo en los agrietados flancos de las montañas que coronan la Caldera, las páginas primeras de la creación del mundo allí escritas por la mano misma de Dios, con caracteres que el tiempo petrificó más tarde; otro sabio también célebre, Berthelot, llegó ya preparado su ánimo á ver una maravilla, y al avistar el abierto abismo, se postó de hinojos y adoró á Dios en aquella obra suprema de la naturaleza; porque la realidad le daba una maravilla más grande aún que la que imaginó su fantasía. Y otro viajero ilustre, á quien se le ponía en parangón el Teide de Tenerife con la Caldera de la Palma, decía rechazando el paralelo: «No hablemos del Teide. Montes altos he visto muchos en mis viajes; pero Caldera no hay más que una.»

Hay, pues, que ir á la Caldera de la Palma; hay que ir para admirar á un tiempo la pequeñez del hombre, lo grande de la Naturaleza, la inmensidad del Dios Creador que tales cosas ha formado. Y los que vayan, cuando lleguen allí después de muchas horas de subir á seis mil pies de altura, con unas cuatro leguas de desarrollo para luego bajar esa misma distancia, y volver á subir otra no mucho menos importante, tened por seguro que dan por bien empleadas las fatigas de esos descensos y esas ascensiones, lo arriesgado de un viaje en que un mal paso ó un tropezón del mulo lanzarían el cuerpo del turista á precipicios insondables en que antes de llegar al fondo se asfixiaría por falta de aire, si para ello le dieran tiempo las puntiagudas rocas que le harían pedazos en su caída. Si; todo lo darán por bien empleado al ver el magnífico espectáculo, el panorama sorprendente, y cuya descripción no pueden hacerla ni la palabra porque es torpe, ni la pintura porque es limitada, ni el hombre de ciencia con sus secas descripciones, ni el poeta con sus descoloridas imágenes. Porque figuráos lo más grande que podáis concebir, lo más heimoso, lo más severo: pues bien, la Caldera es más, pero mucho más que todo cuanto os hayáis imaginado.

¿Qué vale, ni qué es, ni qué significa, ni qué idea puede dar de ese gran accidente de la naturaleza, decir que es un antiguo cráter de elevación, que está situado á doscientos metros sobre el nivel del mar, y cercado por montañas que tienen de 2.500 á 2.600 metros de altura? ¿Qué es, ni qué significa, ni qué vale decir que su circunferencia mide seis leguas, dos su diámetro, y cerca de media su profundidad? ¿Cómo pintar, cómo representar el espectáculo que ofrece aquel círculo formado por montañas de basalto, inmensas masas que por sí solas bastarían á dar nombre á una comarca, y que allí se agrupan para ser parte integrante del coloso? ¿Ni cómo dar idea del silencio religioso que allí reina, y que desde luego os persuade de que estáis en un templo más severo, más digno del Eterno que todas las catedrales del mundo, porque en éstas se adora á Dios en las imágenes convencionales con que el hombre se le representa, mientras en la Caldera parece que se le adora en espíritu, en su casa; no en el ara que los hombres fabricaron, sino en la que él mismo se fabricó para su gloria? ¿Cómo representar el panorama delicioso que ofrece á la vez, ver allí representadas las flores de todas las zonas del mundo, el pino que habla del Norte y el naranjo que necesita de los rayos de un sol de fuego para vivir, el nogal de los países fríos, la chumbera de las temperaturas cálidas? ¿No! La Caldera no se explica, no se pinta, no se describe. Se la ve, se postro uno ante ella como Berthelot, y la sensación que se experimenta al mirarla desde la boca del barranco de las Angustias, ó desde el desfiladero de Adamacansis, es el más rendido tributo de adoración que se le puede prestar. Las impresiones que produce se experimentan, no se comunican. Cuando el alma siente en demasía, la lengua calla, sólo el corazón habla... pero habla con latidos, y éstos no se trasladan con la pluma al papel, ni se fijan con los pinceles en el lienzo.

## II

Largo y penoso es, yendo hacia la Caldera, el camino de la Cumbre; pero la agreste hermosura de la subida, el panorama que desde allí se contempla, el paisaje que en todo él se desarrolla, compensan con exceso las fatigas de la ascensión. Desde media ladera, el viajero ve á sus pies las nubes algodonadas que parecen seguirle, y por sus rotos jirones le dejan entrever la ciudad dormida á orillas del vasto mar que la acaricia con sus olas, festoneando de blanca espuma sus costas áridas y abruptas.

(1) Del libro en preparación: *Tradiciones Canarias*, de don Eugenio de Olavarría y Huarte, con dibujos de don Ubaldo Bordanova.

ta; ve el cielo sobre su cabeza y el sol que brilla con imponente majestad. A derecha é izquierda, hondos precipicios: de un lado, el barranco de los Pájaros, de otro, el barranco de Aguasensí; y bordeando la estrecha vereda pedregosa que suben trabajosamente los mulos, afirmando el duro casco en las grietas más delgadas ó en las salientes más imperceptibles de las peñas, fayas, brezos, higueras, castaños, pitas y nopales, por entre los cuales vuelan los mirlos y los capirotos, dejando oír un melodioso canto que vienen á turbar los graznidos de los cuervos y los cernícalos; de trecho en trecho, por entre un claro de los árboles, se ve la cima de las montañas que forman juntas la cumbre; y sobre el horizonte azul, destacan su silueta sombría los verdes pinos que, vistos de lejos, simulan interminable procesión de frailes que marchan en rogativa á algún cercano monasterio.

Abundan en este camino los sitios poéticos en que el alma se complace en soñar; pero hay uno que, siempre que por él paso, llama particularmente mi atención; y es que á él va unida una lúgubre historia que me refirió el guía, la vez primera que recorrí aquellos lugares.

A la derecha del camino en un recodo que hace la vereda ya próximo á la cumbre, como que está situado en la penúltima vuelta y son muchas las que da, se abre en las piedras que forman como un muro de pocos metros de extensión una piadosa hornacina, y en ella se ve una cruz de madera rodeada de flores y protegida por un cristal, lo mismo de las irreverencias de los chicos que de la curiosidad de los que pasen.

El guía Antonio, uno de los más prácticos de la Cumbre y que cumpliendo su oficio iba nombrando todos los lugares que recorríamos, alzó la voz al llegar á aquel sitio y dijo:

— La Vuelta de los Hermanos.

Y al mismo tiempo se santiguó devotamente.

— ¿Qué hermanos son esos? — le pregunté.

— Es largo de contar, — me dijo.

— Pues empieza, que camino hay más que suficiente para que tengas tiempo de decir la historia, si lo es.

— ¡Vaya si lo es, señorito, vaya si lo es! Una historia muy triste, sobre todo, y muy verdadera.

— Pues habla, que ya te escucho.

Y acomodándose en el mulo que, abandonado á su instinto seguía á su capricho las vueltas todas del camino, me preparé á oír lo que el guía iba á contarme.

Dijo así.

— Hubo un tiempo, señorito, hace ya muchos años de esto, que ahí, en la Banda vivían dos hermanos. Hasta entonces se habían llevado bien, sin que dieran á decir ni lo más mínimo; se querían entrañablemente, y como eran huérfanos de padre y madre y se habían criado juntos, parecía que en toda su vida se habían de desunir. Pero ¿quién puede responder de lo que ha de pasar en este mundo? Sucedió que un día, uno de los dos se enamoró perdidamente de una de las muchachas más hermosas de los Llanos, que cuando se hablaba de ella, en toda la isla pasaba por ser la mejor. Pero lo malo de todo fué, que el otro hermano también se enamoró perdidamente de la misma mujer, hasta el punto que comprendía que aquel amor iba á ser la desgracia de su vida, y sin embargo, la amaba porque no podía dejar de amarla.

Por mucho que los dos hermanos se empeñaran en ocultar sus sentimientos no era posible, tratándose de pueblo chico y cosa que en tan alto grado llegaba á interesarles á los dos. Uno y otro hicieron esfuerzos para apartarse de aquella mujer que los desunía sin querer, que rompía los dulces lazos que había puesto al cuello cadena de amistad fraternal y pura; pero el empeño era superior á sus fuerzas, y sólo atestiguaba lo mucho que se habían querido los dos hermanos. Como los dos eran buenos, juntáronse un día y decidieron presentarse á la moza objeto de sus ansias á confesarle su cariño para que ésta eligiera entre uno y otro. No hay que decir, que antes de esta reunión se comprometieron á que el desdichado se iría de la Banda primero, y de la isla después, dejando al otro que gozase libremente su felicidad. ¿Qué dudas! ¿Qué vacilaciones para resolver aquella cuestión!...

Lo hicieron como lo pensaron. La doncella, requerida, eligió á aquel que había hecho latir primero su corazón de niña enamorada. El otro hermano se resignó: aquella misma tarde salió de la Banda, y no volvió á hablarse más de él.

Pasó el tiempo y adelantaron los preparativos de la boda. Ya estaba todo dispuesto, fijado el día, y el hermano favorecido tuvo que ir á la Ciudad, como por aquí llaman á la capital de la isla. Alegre y satisfecho bajaba la Cumbre pensando en que á la mañana siguiente estaría ya de vuelta, cuando al pasar por ese sitio donde ha visto usted la cruz, al dar el recodo, vió que se enderezaba ante él una sombra. Era valiente, y no retrocedió; conoció á su hermano, y algo siniestro y horrible debió leer en su semblante, porque en vez de correr á su encuentro y abrazarle, dió un paso atrás y preguntó:

— ¿Qué quieres?

— Matarte o que me mates, lo mismo es, y aun sería mejor que yo fuera el muerto, ya que soy el aborrecido.

— ¿Estás loco?

— Sí, loco de amor por esa mujer que me desprecia á mí sin causa, y que á ti te prefiere sin motivo. Yo no quiero que sea tuya ni de nadie; ha de ser mía, y para eso sobramos uno de los dos. He tratado de olvidarla y no lo he podido conseguir. La odio, te odio á ti también. Ya te lo he dicho: ó me matas ó te mato.

— Déjame pasar, hermano.

— No pasarás. Tenemos que reñir hasta que uno de los dos muera. Para el que viva será el amor de esa mujer.

— Ese amor es mío, y no puede ser de nadie.

— Por eso quiero que me mates ó me maten.

— Lo que dices es imposible. ¡Matarnos tú y yo!...

— Sí; uno de los dos está de más.

— Ella me ha preferido libremente.

— Nada tengo que ver con eso. Me han dicho que te vas á casar, y no, no ha de ser, y á impedirlo vengo yo. Vamos, saca tu cuchillo, que yo aquí tengo el mío.

Y blandía con desesperación el ancho cuchillo canario, que llevan todos los aldeanos para picar el tabaco, y limpiar de cuando en cuando la *ca-chimba*.

Su hermano quería disuadirle, pero no lo pudo lograr.

— Te he dicho que

no. Sólo hay un medio, véte; déjame con ella, y que sean para mí sus caricias y sus besos.

Un rugido le respondió:

## LA MODA EN LO LITERARIO

Es usted impresionista?

— ¡Es usted naturalista?

— ¡Es usted decadente?

Y la persona á quien, dentro de la conversación literaria, se dirijan semejantes preguntas, inspirada, como es de suponer, por sano criterio, no podrá menos de contestar:

— ¡Hombre! Yo entiendo que en las manifestaciones del arte, á nada conducen semejantes clasificaciones: me gusta lo bueno, ó lo que yo entiendo y conceptío por tal; y ajeno á esas luchas de escuela que todo lo empequeñecen, prefiero lo que me haga sentir á lo que me deje impasible, aunque frailes descalzos me prediquen que debo entusiasmarme con unas cosas y odiar otras.

Y acaso consista esta opinión del consultado, como la mía, en nuestra escasa afición á seguir las Modas.

— ¿Las modas?

— Sí, lector amigo. La moda, que á todo alcanza y en todo domina, no podía menos de llevar su avasallador influjo al mundo de las letras, y de tal suerte lo ha hecho, sobre todo en España, que en la inmensa mayoría de la producción literaria suele verse siempre el patrón cortado y el figurín. Los escritores que se consideran más independientes y originales, no tienen inconveniente en vestir sus obras con arreglo al modelo, extranjero ó nacional, más en boga.

Y esto hoy, como ayer y como anteaer.

Presentes están aún en la memoria de los viejos, las luchas de clásicos y románticos; aquel romper moldes antiguos, sistema que se trajeron los imitadores de Víctor Hugo, quienes, no limitándose al terreno literario, dieron origen y vida á las melenas desgreñadas, las barbas incultas, los rostros demacrados y cadavéricos, y la descuidada indumentaria de los cultivadores del género. El tósigo, el dogal, el cementerio, la iniciada lucha de clases, el conflicto de pobres y ricos, de hijos y padres, el puñal blandido, la espada desnuda, el veneno como recurso supremo en numerosos desenlaces; lacayos que merecen ser ministros, bandidos que merecen ser emperadores, meretrices que casi, casi, reclaman altares y oraciones... allí estaba el éxito único, el triunfo evidente y claveteado; y, para lograrlo, ningún respeto merecía la historia, ningún estudio el corazón humano. El teatro, la novela, la poesía lírica, — ésta sobre todo! — las múltiples manifestaciones de la producción literaria, no seguían otros cami-



— ¡Calla! ¡Calla! Esa mujer es sólo mía.

— Pues riñe.

— Reñiré.

— ¡Por fin!...

Entonces pasó una cosa horrible. Los dos hermanos habían sacado sus cuchillos, y se asestaban golpes que unas veces paraban y otras no, porque la noche había cerrado y era muy oscura y tenebrosa. Como si la naturaleza hubiera querido manifestar su indignación contra aquella lucha fratricida, veló sus estrellas, y desencadenó una tempestad furiosa, que retumbaba con espantoso estrépido en los barrancos de las inmediaciones. La lucha siguió ruda, tenaz; de cuando en cuando, la hoja acerada del cuchillo encontraba la carne, pero ni un ¡ay! ni un grito, salía de aquellas bocas contraídas por la rabia... Y el viento silbando furioso, como por estos sitios silba entre las ramas de los árboles, el eco ensordecedor de los torrentes que se desbordaban por los barrancos, la lluvia que caía copiosa, y el estampido de los truenos, que parecían la voz irritada de Dios amenazando á los Caines, acompañaban aquella pelea sacrilega en que la voz de la sangre permanecía muda...

Al día siguiente amaneció un día hermosísimo. La tempestad había limpiado de nubes el horizonte, de nieblas importunas las montañas; brillaba el sol, y los primeros aldeanos que vinieron de la Banda á la ciudad retrocedieron con espanto. En mitad del camino, tendidos uno enfrente de otro cual si en la misma muerte fueran enemigos, en un charco de sangre que la tierra empapada parecía rechazar, y que manaba de las cien y cien heridas de su cuerpo, yacían los dos hermanos que muchas horas antes habían dado su alma á Dios.

## III

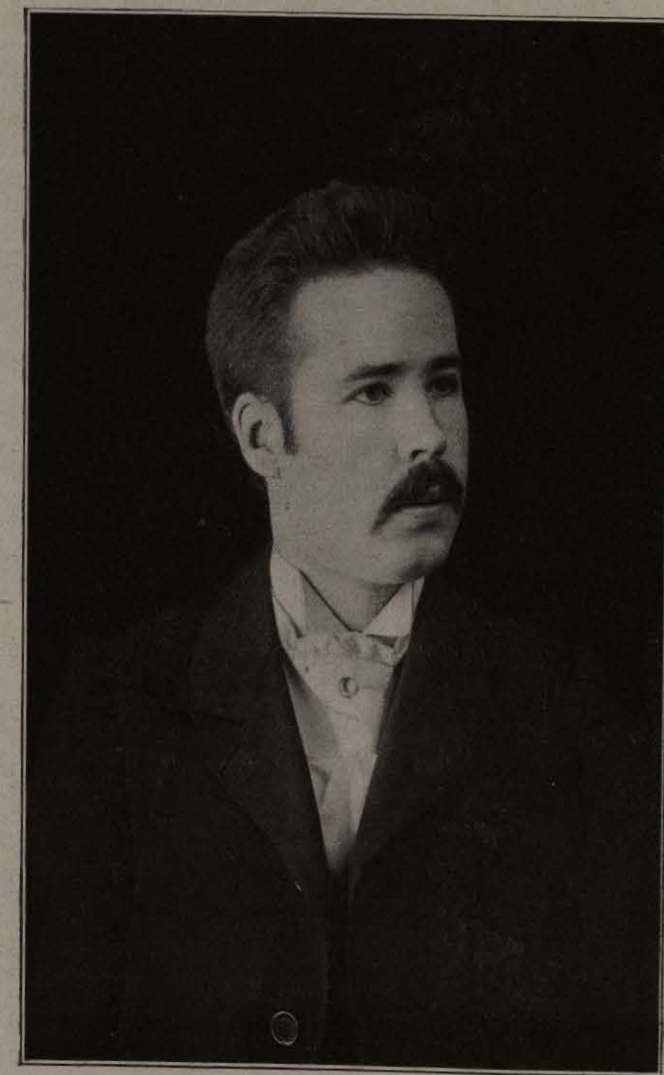
— Desde entonces, — siguió diciendo el guía — los aldeanos de la Banda á quienes la noche sorprende cerca de este sitio, lo cual es raro porque pocos pasan la Cumbre de noche, al llegar á la Vuelta de los Hermanos sienten como impulsos irresistibles de correr, no obstante lo peligroso del camino, y apresuran el paso por lo menos, persignándose al pasar por delante de esa cruz, que recuerda el crimen horrendo que aquí cometió la locura de dos hombres. Dices que en las noches oscuras y tempestuosas vuelven las almas de los dos hermanos, y á la luz de los relámpagos renuevan su espantoso desafío; y aun se cuenta de uno de Taracorte, que sorprendido aquí una noche asistió al hecho oculto tras una peña del camino, y tal fué su horror y tal el susto, que en cuanto rompió el alba volvió á su casa, se acostó, y murió tres días después, de una enfermedad que el médico no acertaba á definir.

Calló Antonio, y callamos también nosotros. Habíamos seguido subiendo entre tanto, y llegáramos ya al último palo del teléfono que se ve desde la ciudad.

— ¡La Cumbre! — exclamó el guía.

Y olvidando la lúgubre historia que acabábamos de oír, nos inclinamos para tender nuestra mirada por el magnífico panorama que se desarrollaba ante nosotros, bañado en luces diamantinas por el sol.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE



Mtro. ARTURO ALARCÓN. Fot. Mondet y C<sup>a</sup>

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.





EN GUARDIA

nos que los abiertos por García Gutiérrez en *El Trovador*, por Gil y Zárate en *Carlos II el hechizado*, por Ceferino Suarez Brabo en *Verdugo y sepulturero*.

Era un vértigo que sufría todo escritor, y del que escasamente podían librarse algunos espíritus burlones, como Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros ó Martínez Villergas, mientras la mayoría de los no escritores aplaudía con frenesí semejantes excesos, y los hombres se batían por el prestigio de la escuela romántica, y las mujeres reducían su alimentación y se entregaban al vinagre, para poner sus rostros de modo que armonizaran con la escuela literaria.

Una empresa editorial, la de Boix, tuvo la gloria de encauzar el gusto por nuevos derroteros, publicando el libro titulado: *Los españoles pintados por sí mismos*. Estudios sueltos de tipos, muy bien hechos algunos, caracteriza dicha obra una evolución en el gusto, como por el mismo tiempo lo habían caracterizado las «Escenas matritenses» de *El Curioso parlatante*, y antes aún algunos de los inolvidables escritos de *Figaro*.

Y el género se puso de moda, y abundaron los estudios de costumbres, siguiendo con varia fortuna los modelos primitivos, más que las lecciones que encierra y ofrece pródigamente la naturaleza.

Surgieron más tarde las fabulillas, reñidas por punto general con la moral, en que fueron maestros Florentino Sanz, Miguel de los Santos Alvarez y algunos otros poetas; y tan copiosa fué la producción á la moda, que podrían llenarse con ella algunos abultados volúmenes. Es sensible deber abstenerse de citar modelos del género, porque semejantes trabajos tenían que correr forzosamente, como aun siguen corriendo, manuscritos. Pero de su carácter y tendencias puede dar idea la siguiente de Narciso Serra, una de las pocas que han logrado multiplicarse por la imprenta:

« A un Santo le tocó la lotería,  
y á Dios le daba gracias noche y día;  
pero un ladrón, que halló la puerta franca,  
le robó con auxilio de una tranca.  
Dios premia al bueno; pero viene el malo,  
le quita el premio y le sacude un palo. »

Privó después lo que pudiera calificarse de « camelos literarios », en cuyo renacimiento tuvo gran parte, ó mucho me equivoco, Manuel del Palacio; y lo denominó renacimiento, pues su origen pudiera buscarse tal vez en un célebre soneto de Lope de Vega, en que después de minuciosa y poética descripción de un agreste lugar, termina:

« ... y en este monte y líquida laguna,  
para decir verdad, como hombre honrado,  
jamás me sucedió cosa ninguna. »

Tan de moda estuvieron hace treinta años semejantes composiciones, que, con ser muy buenas algunas, llegó el lector sensato á lamentar hubiera lucido el día en que Lope dió la pauta y aquel en que se produjo su renacimiento; repitiéndose una vez más el eterno caso del daño que produce todo innovador. Porque en literatura, como en el célebre anuncio comercial, ¡hay viles falsificadores!

Becquer, por ejemplo, con sus felices é inspiradas imitaciones de los grandes poetas alemanes, constituye una personalidad saliente y genial en nuestra literatura; pero inmediatamente después surgieron los imitadores del poeta sevillano, y nos hicieron sospechar si habría sido preferible que no existiera el maestro, con tal de no tener que sufrir á los discípulos.

Campoamor ha cometido igualmente el pecado de haber dado nacimiento á dos órdenes de composiciones que, generalizados por la moda y por el espíritu de imitación, nos han producido muy malos ratos. Las *Doloras* y los *Pequeños poemas* han sido el modelo en que se han inspirado y el patrón por que se han vestido algunas generaciones literarias. Hoy, infinitas colecciones de *Doloras* y de *Pequeños poemas* ocupan por derecho propio el cesto de los libreros ambulantes y los altos montones de la feria.

Los imitadores de Núñez de Arce, los imitadores de Barlar, los poetas coloristas, los impresionistas, los naturalistas, los decadentes, todos ellos no pasan de ser variaciones de imitadores que se acomodan al tiempo, á las circunstancias y hasta al gusto del público, siquiera no esté bien probado que el público entiende mucho de semejantes escuelas, convencido como se halla, siguiendo la máxima de Boileau, de que

tous les genres sont bons  
hors le genre ennuyeux.

Esto es; que no puede proscribirse género alguno, ni carácter de composición, como no sean los que llevan el aburrimiento al ánimo.

Lo bueno en literatura, como en arte y en todo; eso es lo que no puede morir: eso es lo que no puede « pasar de moda ».

M. OSSORIO Y BERNARD

# TOLEDO

(APUNTES DE MI CARTERA)

IGNORO por qué, al penetrar en la Ciudad primada, mi ánimo se sintió aguijoneado por la curiosidad, y se dispuso á admirar la población morisca; verdad es, que ante la *Puerta del Sol*, detiene el paso el más indiferente, y la estudia y la reverenciaria, si fuera posible y admitido reverenciar las obras de Arte.

Yo, que nunca aplaudo lo esencialmente cristiano, por sólo el hecho



SAN JUAN DE LOS REYES (TOLEDO).

Fot. de Hauser y Menet, Madrid.

de serlo — artísticamente hablando, — ni censuro ó desprecio por sistema, lo emanado de religiones distintas de la Católica, — cuando es bueno, — me quedé extasiado ante el principal, entre los ocho ingresos de la amurallada Toledo, llamado del Sol, no solamente porque este astro baña espléndidamente tan grandioso monumento, si que también — permitásemos la frase, — porque de sus delicadas lacerías, cuando Febo se oculta por la densidad de las nubes, parten reflejos vivísimos de luz que ofuscan al inteligente y le obligan á retirarse á conveniente distancia, desde donde puede juzgarse la obra, construída indudablemente en las postrimerías de la dominación musulmana.

Tal puerta, no es único monumento que sirva como de sutil pretexto á los toledanos para atraer al turista. Por ella se ingresa al museo de bellezas artísticas, Toledo, en el que no hay calle que no conserve su disposición arábica, angosta, lóbrega, empinada, y afectando en sus rompimientos de la línea, plazuelas reducidísimas; ni hay calle que no muestre arcos y artísticas portadas árabes, ojivales y platerescas; ni fachada que no conserve herrajes, y aleros de exquisitas labores, y ornacinas cobijando devotas imágenes, iluminadas en las noches por tenue lucecilla, tal como la edad media lo dispusiera.

Aparte estas notas artísticas, y de la sinagoga Sta. María la Blanca (1), de los precia-

(1) Aunque fué sinagoga, no es construcción judía; pertenece al segundo período de la arquitectura árabe. Debíó emplearse para sinagoga después de la reconquista de la ciudad por Alfonso VI, hasta 1405 que se consagró, según la inscripción de la puerta occidental del edificio.

Desde 1550 á 1600 fué refugio de mujeres arrepentidas; ahora pertenece á la Comisión de monumentos.

dos vestigios de la Judería, del suntuoso S. Juan de los Reyes (2), destaca y se agiganta aun en medio de tanta preciosidad, la Catedral, construída en tiempos de Fernando III, el Santo, que puso la primera piedra en 1227; aunque se concluyó en 1492, en el siglo pasado se le añadieron algunos adornos (?). Pertenece, en total, al siglo XIII. De los artífices, sólo se conoce el nombre de uno, Pedro Pérez, maestro de la iglesia toledana, que falleció en 1285.

Daría, si de chiflado no me tildaran, que ante la filigrana que atesora, es imposible, al menos inteligente sentir la devoción que requiere y debe inspirar la Casa del Señor. Las setenta y dos bóvedas ojivales que forman la techumbre, son otros tantos caminos que parecen transportar al creyente, del mundo terrenal al celeste, donde la fantasía y la fe ve rendir tributo fiel de admiración y temor santo á las labradas y gallardas agujas y pináculos que coronan el templo.

El retablo de la capilla mayor es un excelente ejemplar del estilo ojival, labrado y estofado, en madera de alerce, á expensas del cardenal Cisneros, que de su munificencia, gusto artístico y amor á la Ciudad imperial, dejó recuerdos valiosos en tan sagrado recinto.

La soberbia sillería del coro es de nogal; fué tallada según el estilo *plateresco*, por Borjoña y Berruguet, que trabajaron en competencia; también tomó parte hacia 1494, maese Rodrigo, de quien es la sillería baja. Consiste de más de 70 asientos, profusamente labrados; las columnas de los arcos que sirven de dosel al cuerpo principal, son de jaspe.

El trascoro es también notable; pertenece su primer cuerpo al ojival, y lo mismo el cuerpo superior, excepto el centro, que es

(2) Los reyes Católicos, Fernando é Isabel, en su contienda con los portugueses, terminada con la victoria de Toro, cumplieron su solemne voto ofrecido antes de la guerra, de construir el templo, llamado de S. Juan de los Reyes, principiando la obra, según proyecto del maestro Juan Guas, en 1477, y terminándola en 1610. En 1808, los franceses lo mutilaron bárbaramente, en particular el claustro ojival.

El interior es de una nave. Como característico, citaré el friso compuesto del escudo de España, en tiempo de los fundadores del edificio, repetido y combinado con estatuas; bajo dosel éstas.



PATIO DE SAN JUAN DE LOS REYES (TOLEDO).

Fot. de Hauser y Menet, Madrid.